

La calle para el martes 9 de enero de 2007
Diario de un espectador
Diana Bracho
por miguel ángel granados chapa

Diana Bracho se prodiga en la puesta en escena de *Festen*, en el teatro helénico, participando en funciones de lunes a domingo, con dos sesiones en las tardes del fin de semana. Fuimos a verla el sábado pasado, y tendremos ocasión de referirnos a su actuación y en general a la pieza que atrae a grandes cantidades de público, como el que abarrotó la sala. Pero nos parece oportuno, para enmarcar en un entorno amplio el trabajo de esa primera actriz, referirnos a un libro que no obstante haber sido impreso en junio hace poco está circulando. Se trata de *Los Bracho, tres generaciones del cine mexicano*, de Jesús Ibarra, originario del Distrito federal, formado en el Instituto Tecnológico y de estudios superiores de Monterrey, ahora radicado en san Miguel de Allende.

La familia estudiada por este investigador incluye a Guadalupe Bracho Pérez Gavilán, nombre que nadie o pocos conocen, pero corresponde a la gran diva Andrea Palma; Julio Bracho, el notabilísimo director; el escenógrafo Jesús Bracho; la heredera de ese linaje, Diana; y Julio Bracho Castillo, nieto de su tocayo, cineasta como él. Diana era también tocaya de su madre, Diana Bordes, hija de un maderista eminente. “En 1941 —citamos ya a Jesús Ibarra—Diana conoció a Julio Bracho, quien habría de convertirse en su marido, y quien le dio la primera oportunidad como actriz de cine en la cinta *¡Ay qué tiempos, señor don Simón!*, al lado de Joaquin Pardavé y Mapy Cortés. Diana y Julio Bracho casaron en 1944 y su primera hija nació el 12 de diciembre: Diana Bracho. La madrina de la niña fue la hermana de Julio, la actriz Andrea Palma, cuyo nombre real era el de Guadalupe, y por coincidencia era también el nombre del santoral de su ahijada. El padrino fue otro hermano del director, el escenógrafo Jesús Bracho. Julio y Diana tuvieron un segundo hijo, un varón, nacido en 1946, quien recibió el nombre de Jorge. Hacia 1951 el matrimonio, ya mal avenido, se separó, y los dos pequeños, Diana y Jorge quedaron al cuidado de su padre. Diana recuerda:

‘Cuando tenía siete años mi madre se fue, y a una niña la pérdida de su madre le puede hacer un gran daño, pero a mí no me dolió. Entendí que tenía cosas maravillosas, como un padre extraordinario, fuera de lo común. Un hombre con mucha seguridad y gran cultura, que me apapachaba y al que admiraba. La vida me quitó la imagen materna, pero me dio un padre fuera de serie. En la escuela, las mamás de mis amigas eran mías, porque me mostraban su cariño. Me di el lujo de no sufrir por la ausencia de ella’.

Aparte ese testimonio, ofrecido por Diana al periodista Rafael Ortiz Habib, Ibarra cita otra declaración de la actriz sobre su infancia, recogida por Emilio García Riera cuando biografió a su padre:

“Creo que nadie conoció tan bien al Julio Bracho íntimo como yo. Para Jorge mi hermano y para mí se definió como ‘un padre a toda madre’, y una ‘madre padre’, ya que desde que éramos muy pequeños vivimos solos a raíz de s divorcio de mamá. Lo recuerdo siempre cerca, siempre tiernísimo, jugando o platicando conmigo, escuchando música o leyéndonos cuentos en francés (quería educarnos el oído). Conmigo habló siempre habló mucho de su trabajo y de sus aspiraciones estéticas, como si yo fuese otro adulto. Desde muy pequeña fui su cómplice en cualquier proyecto y su paño de lágrimas en cualquier problema. Pasábamos largas horas platicando de sobremesa (aunque más bien él conversaba y yo escuchaba), y compartió conmigo su vasta cultura, siempre orientada hacia el clasicismo, su respeto por el ser humano, su humor a veces cáustico y una imaginación que todo lo tocaba”.

El libro de Ibarra, del que seguiremos hablando, fue editado en la colección Mirada en la oscuridad, por la Universidad nacional autónoma de México.